

UN MODERNO FABULISTA

MAS de año y medio hace que circuló entre nosotros un volumen magníficamente impreso en Buenos Aires, cuyo título decía: "Nuevas Fabulillas" (1). La presentación tipográfica y artística no podía ser más afinada. La carátula policroma mostraba un animado desfile de animales en actitudes y expresiones que no pueden menos de recordar los dibujos de Walt Disney; pero el conjunto aunque no original, es de líneas tan nítidas y de colorido tan fino que ciertamente no recordamos haber visto hasta ahora un libro de autor venezolano que ofrezca una presentación tan atractiva y al mismo tiempo tan cónsona con su título y contenido.

El autor de "Nuevas Fabulillas" es el escritor y poeta V. M. Pérez Perozo (2). No

(1) *Nuevas Fabulillas*, por V. M. Pérez Perozo. Ilustraciones de Carlos Rodríguez. Guillermo Kraft Ltda., Sociedad Anónima de Impresiones Generales, Buenos Aires, 1944, 233 pp.

(2) V. M. Pérez Perozo nació en 1898 en la ciudad de Trujillo. Es Doctor en Derecho; ejerció la Rectoría de la Universidad de Mérida, y ha desempeñado puestos diplomáticos en Ecuador, Perú e Italia.

De su labor poética anterior, se citan dos libros: "Los Pasos Trémulos", publicado en 1923, y "Vendimias", así como unos ensayos teatrales. No conocemos ninguno de estos trabajos, pero según la opinión del escritor trujillano M. Briceño Iragorry, Pérez Perozo "es poeta de numen elevado, de facilidad métrica y de forma y pensamiento originales". (Cfr. *Lecturas Venezolanas*, 3ª edic., p. 222). El primer volumen de "Fabulillas", publicóse en Quito, Ecuador, Litografía e Imprenta Romero, 1941, 145 pp.

era ésta la primera vez que publicaba fábulas. Cuatro años antes, en 1941, hallándose en Ecuador, dió a la imprenta un primer volumen de 76 "fabulillas". Sabíamos de esta publicación, pero hasta hace poco no habíamos logrado hacernos con ella.

El volumen de "Nuevas Fabulillas" que ahora nos ocupa, reproduce en buena parte las publicadas en 1941. Se han suprimido unas pocas, y en cambio se han añadido otras muchas hasta hacer un total de ciento dos composiciones.

Semejante trabajo, por su propia naturaleza y por la manera cómo se ha realizado, merece detenido comentario crítico.

La fábula, también llamada apólogo, es un género literario de muy difícil ejecución. Tanto más cuanto su misma aparente manera de "zoquetada" literario, puede hacer creer a incautos que cualquiera tiene el don de escribir fábulas, y que poco o ningún ingenio y habilidad literaria se requieren para esa clase de composiciones. Sin embargo, que sea un género difícil de dominar lo está demostrando el hecho mismo de que son contadísimos, en las literaturas mundiales, los fabulistas de renombre. En Francia es La Fontaine quien pasa a la posteridad como notable cultivador de la fábula. En España immortalizan su nombre Iriarte y Samaniego: el primero, pintoresco y lleno de gracia, aunque de expresión algo prosaica y el segundo, con asuntos originales e ingeniosos, de carácter más literario que moral. Más modernamente cultivó con acierto la fábula Hartzzenbusch; y sobre todo de una manera nueva, aguda y rapidísima el menos

divulgado Migual A. Príncipe, merecedor de mucha más justiciera fama y estimación.

En los letros venezolanos quien más atinadamente cultivó este género, al estilo clásico, pero dentro de un tono criollista muy acertado fué Jesús Ma. Sistiaga. En años posteriores, y de manera exclusivamente personal y de "pura guachafito criolla", "Job Pim" publicó un tomito de fábulas ("Desde mi Periscopio"), cuya finalidad primordial no es sacar moraleja o enseñanza alguna, sino utilizar el buen humor para divertir un poco al lector sin que éste sospeche ninguna intención didáctica.

La más acertada fábula es aquella en la que la enseñanza brota espontánea del mismo relato, sin necesidad de destacarla explícitamente en los versos finales. La elocución debe ser animada, sencilla y preferentemente dialogada, y sin mayores recargos retóricos. Combinar, todos esos elementos y lograr una obra viva y artística, no es tarea para cualquier escritor, ni menos para los bisoños. No es extraño que por su misma dificultad, haya habido un notable crítico moderno hispanoamericano que un poco precipitadamente escribiese en uno de sus libros: que hoy la fábula ya no se cultiva en parte alguna. (?)

El presente volumen de Pérez Perozo desmiente semejante afirmación. Y no ciertamente en una forma anacrónica, amanerada y fría. Sus fábulas están escritas con soltura y donaire, con estilo fácil pero no rampón o desgarrado.

Para que el lector vea por sí mismo algún ejemplo que compruebe en parte lo que decimos, transcribamos íntegra la breve fábula: "La abeja y el cerdo":

**¡Miren la remilgada! —le decía
el cerdo cierto día
a la abeja posada en una rosa—
¿con que tu paladar tan refinado
no puedes regalar con otra cosa
que con las florecillas de este prado?
¿Por qué no bajas y conmigo almuerzas
de lo que tengo en casa, nabo y berzas?**

**—¡Gracias! —dice la abeja— cuánto siento
no poder aceptar tu ofrecimiento;
pero es que si mi orgullo aquí no peca,
para colmo de males
yo cuajo en mis panales
cera y miel, no manteca.**

(p. 33).

Los temas de estas fabulillas están atinadamente extraídos de observaciones del común de la vida humana, experiencias y lecciones que se encargan de interpretar y hacer más potentes, —a veces en forma incisiva y tajante—, los seres irracionales que el autor pone a hablar sin ningún empacho. El cazador que encuentra en su camino a la pantera, la invita para que le ayude a descubrir la cacería, y le promete en cambio darle parte de las piezas logradas, encuentra que la fiera sólo le responde con sequedad:

"yo mato por comer, no por recreo!".

A una caña que envidiosa insulta a la esbelta palmera por pura antipatía, le dice un mirlo prudente:

**"—¡Mira que tienes arte
para gastar en vano la saliva!
Tú tan abajo y ella tan arriba,
¿cómo puede escucharte?"**

(p. 69).

La descripción de un loro borracho sirve para fustigar cáusticamente el vicio de la bebida, (p. 91). En cambio, el diálogo entre la hiedra y la rosa, es en su frase final un comprimido de estética.

El instinto de la propia comodidad y beneficio, con egoísta exclusividad del bien de otros; la mutabilidad y cambio de actitudes, según de dónde sopla el viento; el conformismo y aceptación grotesca, —con propio desdoro—, de las imposiciones del más fuerte; todos estos y otros semejantes motivos de orden moral, social o político van apareciendo vívidamente actuados por diversos animales, en quienes el hombre se ve retratado entre fingidas risas y sangrantes bromas.

Cuando el ruiseñor a una pregunta del jilguero le responde que ambos están enjaulados por igual motivo, añade luego esta tremenda sátira:

**".....
el hombre ardientemente
canta la libertad, por ella pena
y da la muerte a quien se la quebranta,
y sin embargo déspota encadena
a quien como nosotros libre canta.
Y eso que no halla el modo
de hacernos aumentar la rabadilla,
que si no, ¡vive Dios!, con canto y todo
fuéramos a parar con la parrilla".**

(p. 145).

Entre muchas de estas fabulillas magistralmente desarrolladas, puede citarse por su aticismo, sobriedad de lenguaje y dramática acción, la titulada "La lechona venidosa". Esta lechona lleva a toda su cría de cerditos ante la vidriera de una variada y abundante venta de carnes, y allí vanagloriosamente les va enseñando a sus hijitos los relucientes miembros de sus parientes convertidos en jamones, salchichas, etc., y piensa en la fatua gloria de verse un día expuesta a las miradas de todo el mundo en igual sitio. Al llegar aquí,

**"¡Madre! —pregunta un cochinito
que a juzgar por el aire es todo un pilla—
tanta gloria futura es seductora,
pero dime ¿tal vez mejor no fuera
mañana como ahora
mirar los toros desde la barrera?"**

(p. 138).

Por los ejemplos que hemos ido intercalando se habrá visto lo sencillo y fácil de la versificación de Pérez Perozo. No hay violencias de construcción, ni rebuscamiento de palabras o frases retóricas. Y sin embargo hay estilo y arte en la composición; va-

riedad de metros; los adornos indispensables, y un tono general que sin ir a la broma grotesca, ni a la sátira amargada, deja flotante una suave e indirecta ironía aleccionadora. Bello es el bravísimo diálogo que sostienen "el lucero y la fuente" (p. 59), matizado de oportunas figuras de lenguaje.

Libros como el que hemos recorrido en estas notas merecen todo aplauso y difusión. Lectura al alcance de grandes y chicos; lectura encomiable por su corrección y diafanidad y por su sentido educacional; composiciones que cumplen con el clásico e inabarcable dicho antiguo de "enseñar deleitando", o de mezclar a lo útil lo agradable.

Pero no puede menos de indicarse que la obra del escritor se halla en este caso admirablemente completada y sensibilizada por los dibujos interpretativos que ilustran cada una de las fabulillas. El artista ecuatoriano Carlos Rodríguez ha logrado tan cabal interpretación de cada tema, y la ha ejecutado con tal gracia y sobriedad, que es un contento. Dibujante y escritor se estrechan la mano en la producción de un libro hasta ahora único en nuestra literatura humorística y didáctica.

Pedro P. Barnola, S. J.